

La muerte huele a cerdo



Llorenç Guilera

LA MUERTE HUELE A CERDO:
UNA VALLA ASESINA

© Llorenç Guilera, julio de 2024

ISBN: 9789403756639

Editor: Independently published

Episodio núm. 2 de las
Aventuras del inspector Robert Gálvez.

Reflexiones

No queremos un medio ambiente, lo queremos entero.

Leído en una pintada mural

En la Tierra hay suficiente para satisfacer las necesidades de todos, pero no tanto como para satisfacer la codicia de algunos.

Mahatma Gandhi

Capítulo 1 - Muerto por electrocución

Caldes de Boi. Lunes 8 de agosto de 2016.

19:10.

El inspector Robert Gálvez está matando su soledad y su aburrimiento tumbado en la cama viendo una película de *pay for view* cuando suena el teléfono de la habitación. Le da al *stop* de la tele y descuelga el aparato.

—Le paso una llamada —le avisa el recepcionista del hotel, y sin transición suena la voz cabreada del comisario.

—¿Se puede saber por qué no me contestas al móvil?

—Me habré quedado sin batería, jefe —miente. En realidad, lo tiene apagado porque no está en absoluto de acuerdo con la manía del comisario de obligarlo a estar localizable de día y de noche sin respetar para nada sus quince días de descanso.

—Siento molestarte en tus vacaciones —ahora el que miente es el comisario—. Pero ha surgido un tema precisamente en Barruera, muy cerca de donde se te ha ocurrido ir a ti estos días y vale la pena aprovechar que estés tan cerca del escenario del crimen.

—Pero, jefe. Habíamos quedado en que me convenía mucho descansar.

Descansar es un eufemismo. Habían quedado que ya era hora de que afrontara la necesaria desintoxicación de su, todavía reciente y superable, adicción al alcohol. Demasiados errores y omisiones en los últimos meses, demasiados retrasos y ausencias por unas supuestas migrañas que ya todo el personal de la Comisaría se había dado cuenta de que merecían el nombre más común de resacas.

—Será solo una semana. No te ocupará más tiempo. Y luego te daré los días trabajados y alguno de más para compensarte.

—¿Asumiendo los gastos de la habitación del balneario? — reivindica rápidamente Robert. Las tarifas del balneario, a pesar del descuento especial por servidor público, resultan bastante onerosas para su sueldo de inspector.

El Comisario chasquea la lengua.

—¡Caray, tío! Eres como un dolor de muelas. No dejas escapar ni una oportunidad de sangrarme el presupuesto.

Es su manera de decir que sí.

—De acuerdo jefe. Usted gana ¿De qué se trata?

—Te habrás enterado de la muerte de Genís Capdevila ocurrida anteayer.

—¿Se refiere al ganadero éste que murió electrocutado por culpa de una valla de las vacas?

—Éste mismo.

—Aquí no hablan de otra cosa. Parece que era una persona importante y muy conocida en toda la Vall de Boí.

—Pues, escucha con atención por qué te llamo. Cuando la comitiva judicial hizo el levantamiento del cuerpo estimó que se trataba de un accidente. Pero el informe del equipo forense de Lleida de ayer dejó claro que la tensión de la valla no podían ser los 3.000 voltios y baja intensidad que se supone que deben tener, según reglamentación legal, estas vallas. Han determinado que murió por un picotazo de más de 40.000 voltios y una intensidad de cágate la osa.

—O sea que alguien lo quería muerto.

—Alguien cambió la conexión de la batería de 12 voltios a la red eléctrica normal de 220 o puede que, incluso, a la trifásica de 380.

—¿La valla era de su propiedad?

—No. Aquí entra la parte oscura del asunto. Genís Capdevila estaba rompiendo por enésima vez la valla de protección contra el ganado que su vecino había puesto porque llevaban años peleando

por un tema de lindes que tenían con pleitos interminables.

—Pues se detiene al vecino, se le acusa de homicidio y se acaba el tema. No veo para qué me necesita.

—No es tan fácil, Robert. Hay que demostrar que hubo manipulación del sistema de electrificación de la valla, que no pudo ser un malfuncionamiento del regulador de voltaje. Y estudiar todas las circunstancias de los posibles actores en la escena. Por lo que me reportan los colegas de Pont de Suert, el difunto era uno de los hombres más ricos del pueblo y tenía muchos enemigos. Parece ser que su muerte ha hecho descorchar el cava en más de un hogar y que tenemos más de un candidato como sospechoso del truco de magia eléctrico.

El suspiro de resignación que suelta Robert sobre el micrófono del teléfono le llega amplificado al oído del comisario.

—O sea, que usted quiere que haga una investigación por homicidio en toda la regla. Que analice las coartadas de todos los que están celebrando la muerte del difunto con cava.

—Tú mismo lo has dicho. Y con una condición importante. Seremos más eficaces si el criminal ignora que nos hemos dado cuenta de que ha sido un asesinato. No nos conviene prevenirlo. Al menos, no de entrada. Nos dará una clara ventaja ir de tapados.

—Entonces ¿en calidad de qué quiere que les interrogue? —replica Robert, entre asombrado e irónico—. ¿De técnico de la compañía eléctrica? ¿De fabricante de la valla?

Percibe la risa contenida al otro lado del teléfono.

—No, hombre, no. Tampoco hay que exagerar. Me han llamado de la compañía de Seguros Phoenix. Su vicepresidente para España es un excompañero de la universidad.

» El difunto les tenía contratado un seguro de vida por una cifra que alucinas. Ellos son los primeros interesados en poder demostrar que no

fue un accidente y cargarle el muerto, en sentido literal, al que lo haya matado.

—O sea, que yo me haré pasar por el perito de la compañía de seguros esta.

—No exactamente, tampoco. Serás el ayudante del verdadero perito. Mañana te llega el inspector de seguros de Phoenix a tu balneario y se pondrá en contacto contigo para que os coordinéis y trabajéis juntos.

Robert se traga la protesta que le sale del alma porque sabe que no será atendida. Encima de que el comisario le molesta en mitad de sus justas y merecidas vacaciones en este paradisiaco valle, le está obligando a trabajar en equipo con un desconocido, sabiendo como sabe que él es, y ha sido siempre, un lobo solitario que le disgusta investigar con otras personas que siempre discrepan de sus métodos y carecen de la intuición policiaca que él ha desarrollado gracias a su veteranía de casi veinte años de oficio.

Y, para rematarlo, no podrá mostrar su placa y tendrá que hacer una comedia ridícula de fingir ser quién no es.

Entre las razones para no expresar su protesta en voz alta, la principal es su culpabilidad por los excesos alcohólicos de los últimos meses. Desde el absurdo suicidio de Lourdes, el amor de su vida, concretamente¹. Comprende que el comisario no se fíe al cien por cien de su capacidad actual, realmente algo menguada en estos últimos *tiempos, y le ponga un supuesto ayudante que, muy posiblemente, sea en realidad su controlador.

—Carga de una vez tu puto móvil —le dice el comisario—, y conséctate a Internet que te he mandado a tu correo el informe del forense y toda la información previa que necesitas.

—Vale, jefe. No se preocupe.

¹ Se refiere a la aventura núm. 1 del inspector Gálvez: El salto de la reina mora.

—No me preocupo. Sé que tú eres uno de mis mejores hombres y hallarás en cuatro patadas a quien tenemos que encerrar en la cárcel.

«Después del palo, una palmadita a la espalda. ¿No te digo yo?», piensa Robert, mientras cuelga.

Caldes de Boi. Martes 9 de agosto de 2016.

9:00 a.m.

Han quedado en la cafetería del Hotel a las nueve de la mañana. A la hora en punto se le acerca una joven rubia treintañera y le pregunta:

—¿Inspector Gálvez?

Robert, siempre muy atento con las féminas por la educación, quizá algo obsoleta, que recibió de niño, se levanta y le tiende la mano.

—Sí, soy yo. ¿Con quién tengo el gusto?

—Eulalia Riera, de Seguros Phoenix.

—Encantado. ¿Ha habido algún problema con el perito inspector? ¿Va a llegar pronto?

—¿Perdón?

La mirada oblicua y agresiva de la mujer le avisa de que acaba de meter la pata. El perito inspector que estaba esperando ya ha llegado y es precisamente la mujer que tiene delante. Se da prisa a rectificar, antes de que ella se forme una opinión demasiado negativa de él.

—Disculpa. Me habían dicho que tenía que esperar *un* inspector. Por eso pensé que eras una ayudante suya que venía a avisarme de un retraso.

—Vaya, siendo de la policía ya me esperaba algo de machismo. Pero no tanto, sinceramente.

—No te confundas. Yo no soy el culpable de que el idioma castellano aplique el masculino para ambos géneros. Si no han inventado el género inclusivo, mixto o como se llame, deberías quejarte a la Real Academia de la Lengua, no a mí. Digo yo que los machistas serán ellos, ¿no te parece?

—Toda la sociedad es de un machismo que. Te disculpo y te pido disculpas yo también. Ya verás cómo, al ver mi manera de trabajar, te alegrarás de que me hayan mandado a mí y no a otro.

Robert la repasa de arriba a abajo con su acostumbrada capacidad de observación profesional. Lleva un traje chaqueta tipo Armani de color negro con blusa blanca. Muy escaso maquillaje. Unos aretes pequeños que marcan sin estruendos su feminidad. Una pulsera no-me-olvides de plata, muy probablemente regalo de su prometido. Sin ninguna clase de anillos ni collares.

Tendrá unos veinte-y-muchos años, pero apostaría que todavía no ha puesto el tres en las decenas de su contador biológico. Tiene unas glándulas mamarias de dimensiones considerables, aunque procura no remarcarlas con su manera de vestir, y —si nos acogemos a los estándares que rigen los actuales cánones de belleza *fashion*— le sobran algunos quilitos que, a juicio de Robert —nada apegado a las modas—, no le quitan un ápice de su atractivo.

Tiene la piel bronceada por baños naturales de sol, nada de camas de UVA o de cremas bronceadoras. Es posible que también la hayan interrumpido en sus vacaciones de verano. La media melena que lleva es de un color rubio que al inspector le parece teñido. «Lástima, me gustan más las mujeres morenas. De hecho, me vuelven loco las mujeres de melena azabache».

El inspector Gálvez no evita que en su mirada trasluzca un brillo de macho que ha valorado una hembra apetecible.

—La verdad es que ya he empezado a alegrarme de que te hayan mandado a ti.

Ella recibe el cumplido con una pequeña, pero claramente perceptible, mueca de hastío.

—¿Me lo dices porque te parece que estoy buena? —le suelta a la cara, irónica y descarada—. ¿Otro signo más de tu machismo?

Robert ya estaba esperando esta reacción de ella.

—¡Por Dios, hija! Reconocer que yo soy un hombre y tú una mujer no nos convierte en trogloditas.

—Tienes razón. Si te gusta mi cuerpo, mucho más te va a encantar mi cerebro —y mientras le suelta esta frase, le suelta también un palmetazo intenso al hombro, de colega a colega, como ha visto que hacen los hombres entre ellos.

—De esto no me cabe la menor duda. Sentémonos y hablemos, ¿quieres?

Mientras toman asiento en la cafetería del balneario, Eulalia le añade:

—Por cierto, tú tampoco estás nada mal, teniendo en cuenta que ya tienes una cierta edad y estás un poco carroza.

—Como dice Francisco Umbral en su Diccionario cheli, «Carroza es halagüeño por lo nobiliario, y mortificante por lo vetusto».

Eulalia no puede evitar una sonrisa, divertida.

—Vaya, me alegra ver que eres un hombre leído.

«Menuda semanita me espera, con la feminista ésta», piensa Robert.

Capítulo 2 – Primeras indagaciones

Mas de Cuixart. *Martes 9 de agosto de 2016.*

10:30 a.m.

Rafael Cuixart es el dueño de la finca colindante con el Mas de les Alzines propiedad del difunto Genís Capdevila. Tiene cuarenta y tres años. Compleción atlética y metro setenta de altura. No es feo, pero sus aires demasiado rurales y su forma de vestir como un obrero del campo, desmerecen el posible atractivo que las mujeres de ciudad como Eulalia podrían ver en él. Da la imagen de hombre sencillo, franco, honesto y sin dobleces. Pero, por experiencia profesional, ni Eulalia ni Roberto se fían de las primeras imágenes de sus entrevistados.

Los recibe con amabilidad no exenta de cierta prevención. Eulalia le informa mientras le tiende su tarjeta de visita:

—Somos los inspectores de Seguros Phoenix que venimos a peritar el accidente mortal que tuvo su vecino en la valla de su propiedad. Me acompaña el Sr. Robert Gálvez que es nuestro técnico eléctrico.

Mucho gusto. Ustedes dirán en qué puedo ayudarles.

—¿Tiene usted ganado en su finca, Sr. Cuixart? —pregunta Eulalia.

—No. Lo mío son las explotaciones forestales. Ni tengo ganado ni creo que lo llegue a tener nunca.

—¿A qué se debe, entonces, que haya instalado una valla electrificada de protección del ganado, si no tiene ni piensa tenerlo en su finca?

Cuixart se sonríe con suficiencia.

—No puse la valla para que no se escapen mis vacas; la puse para que no entren en mis tierras las vacas de mi vecino. Lo dejan todo lleno de cagadas monumentales.

» Además, a Ginés le encantaba que sus vacas pastaran en mi prado para ahorrarse sus buenos dineros en pienso. ¿Por qué tenía que

financiarle yo el engorde de sus vacas?

—Nos han contado que no era la primera vez que el difunto Sr. Capdevila le rompía la valla.

Cuixart coge aire, con cara de decir: «Venga, vamos a explicarlo de nuevo. Mil veces, si es necesario».

—Ya se lo expliqué a la comitiva judicial que vino a levantar el cadáver. Mi vecino tenía la pretensión de que mis prados eran suyos y no lo son.

—¿En qué se basaba esta creencia del Sr. Capdevila?

—En un contrato de compraventa con una firma falsificada por él. — Cuixart, con una mueca de disgusto, explica por enésima vez sus argumentos—. Pocos días después de la muerte de mi padre, se me presentó Ginés con un acuerdo privado supuestamente firmado entre ellos dos, pero la supuesta firma de mi padre moribundo era una auténtica chapuza. Era humanamente imposible que fuera verdadera porque el pobre se pasó sus dos últimos meses de vida en la cama inconsciente con la morfina.

—Y en el contrato, ¿constaban testigos? —pregunta Robert.

Cuixart chasquea la lengua.

—Dos empleados suyos, dos hombres que hubieran perdido su trabajo si se hubieran atrevido a contradecirle.

—Denunciaría el contrato a los tribunales, supongo —apunta Eulalia.

—Supone bien. Llevamos tres largos años de pleitos y contra pleitos.

—¿Cuántas veces le había roto la valla, su vecino? —inquire Robert.

—Más de cinco, seguro.

—¿Y la rompía siempre con las manos? —pregunta Eulalia.

—Bueno. Yo nunca lo cogí haciéndolo. Puede que alguna vez mandara al capataz de su granja o a uno de sus esbirros, pero en esta última ocasión no quiso esperar a que le trajeran unos cortafríos. La valla es de cinta de polipropileno de un centímetro de grosor y es relativamente fácil de romper tirando fuerte con las manos o una patada.

—Y, ¿cómo explica que una corriente de doce voltios inofensivos para los humanos. fuera mortal para su vecino? —inquire Robert.

—Supongo que tendría la resistencia física de una niña de tres años a pesar de que siempre presumía de macho alfa. ¿Qué quiere que le diga? Había llovido un montón y el suelo estaba muy mojado. Él solía caminar descalzo por el prado en verano. Se enrollaba con sus historias, supuestamente ecologistas, de comenetrarse con la madre Tierra

» La mayoría de las personas no experimentan más que un simple cosquilleo debido a los pocos miliamperios que tiene la descarga. A otras personas les da un golpetazo tan fuerte que los tumba al suelo. A los niños y a las vacas, les echa para atrás, que es de lo que se trata, pero nunca hemos tenido ni el más pequeño problema. Ni una vaca, ni un niño heridos. Es evidente que Genís tenía problemas cardíacos, aunque no se los hubieran detectado antes.

Robert y Eulalia han repasado juntos el informe forense y saben que la corriente que mató a Genís Capdevila tuvo que ser de una intensidad muy superior a la prevista en el cargador que da la tensión a la valla. Pero han acordado que no van a descubrir esta información a nadie hasta que no tengan claro quién fue el manipulador de la valla.

—Tenemos que proceder a la inspección de las instalaciones del cargador y regulador de la valla, la toma de corriente y la toma de tierra —le informa Robert.

—Lo comprendo. Yo mismo comprobé después del accidente, que todo funcionaba perfectamente, pero entiendo que ustedes tengan que asegurarse.

» También he avisado a mi compañía de seguros, la que me cubre los daños a terceros y ellos también me mandarán su perito para comprobar la instalación de la valla.

—Ya sabe cómo somos las aseguradoras. No nos gusta dejar nada

sin comprobar —comenta Eulalia.

Se le nota a Cuixart un si me atrevo o no me atrevo y, al final, suelta la pregunta que le interesa.

—¿Es cierto que el seguro de vida que tenía suscrito el difunto era de un millón de euros?

—¡Vaya! En un pueblo tan pequeño debe de haber muy pocos secretos —le responde Eulalia—. La verdad es que estamos aquí para informar de las circunstancias del accidente para poder cursar a la viuda la indemnización que el difunto nos tenía contratada.

—¡Menuda prima pagaría por una suma tan alta!

—No se crea que tanto. Le sorprendería ver que es muy asequible. Si quiere le mando un agente comercial para que le informe de nuestras tarifas. Puede que también usted esté interesado en nuestro seguro de vida.

Cuixart sonrío y abre los brazos, mostrando la palma de las manos.

—Me falta a quien poner de beneficiaria. Soy soltero y sin hijos.

—Bueno, anímese; ya sabe que está de moda ser soltero y tener hijos —le comenta, medio en broma, medio en serio, Robert.

Cuixart se sonrío porque se lo toma a broma.

—No he renunciado todavía a encontrar mi media naranja.

—A todos nos encanta el zumo de naranja —bromea Robert.

—Tiene mucha vitamina C —aporta Eulalia, contribuyendo a la broma.

Acaban riendo los tres mientras Cuixart los guía hasta la cabaña de las herramientas de labranza donde está la acometida de la corriente a la finca y el cuadro de mandos eléctricos.

Eulalia toma fotos con su *smartphone* de los detalles relevantes. Comprueban la respuesta correcta de la valla tocándola directamente con el antebrazo desnudo. Robert clava un extremo de un alambre de hierro en el suelo y con unas pinzas establece el contacto con la valla